

**Grupo de trabajo para el Coloquio de Convergencia
Junio 2021
Bordes, Fronteras, Segregación
AprèsCoup Asociación Psicoanalítica de Nueva York
Asociación de Psicoanálisis de Cheng Du
Cercle Freudienne de Paris
Escuela Freudiana de Buenos Aires
Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud - Rosario
Grupo Grita de México**

Como decíamos en la convocatoria, la noción de borde nos parece apta para representar la función del sujeto que interesa al Psicoanálisis, sujeto estructuralmente dividido por el lenguaje. En efecto, el sujeto se aloja en el lugar del intervalo significante y del “entre dos”, dividido entre la verdad y el saber, deslizándose en el litoral constituido por el saber y el goce.

Es interesante destacar que el psicoanálisis mantiene una cercanía con la *poiesis* en la medida en que la palabra aporta una variedad de interpretaciones, metáforas y sin sentidos. Entre ellos hay fronteras, orillas y pasajes. El lenguaje y más precisamente *lalangue*, conlleva incidencias de goces que se montan en el decir entre la letra y el significante.

El espacio que habita el sujeto por su dependencia al lenguaje no es un espacio geométrico, que supone una frontera fija entre el adentro y el afuera, entre interior y exterior, sino un espacio topológico moebiano, cuya superficie de un solo borde pone en continuidad un lado y su reverso. Asimismo, la relación del sujeto con el goce revela un espacio caracterizado por la “extimidad”, donde lo más íntimo e interior puede transformarse en lo más extraño y exterior.

La estructura del *parlêtre* concierne al hecho del decir, a una dit-mension, de acuerdo al neologismo inventado por Lacan, que condensa dicho y mansión. De esta manera Lacan ilustra el lugar y el espacio del decir, donde el sujeto subsiste anudado a las tres dimensiones R.S.I. (Seminario, RSI, clase 3).

La letra, instancia que Lacan propuso como razón del inconsciente - como por ejemplo las letras de la fórmula de la trimetilamina del sueño freudiano de la Inyección de Irma - nos permite puntuar que la orilla, litoral, está siempre en movimiento, en fluctuación entre saber y goce. Entre inconsciente y real. La letra es lo que insiste, lo que se repite retornando en las producciones del inconsciente, y sobre todo en el síntoma, donde sostiene una función de goce. Lacan distingue la letra del significante. La letra y la escritura están en lo real, mientras que el significante está en lo simbólico” (Sem.XVIII).Goce, significante y letra se hacen raíz en la experiencia del análisis. En *Lituraterre* Lacan juega con el equívoco entre carta y letra (*lettre-lettre*), pero diferencia la letra del significante que la porta.

Como en el texto del cuento ‘La carta robada’ de Edgar Allan Poe, la función significante de la carta es la de sostener el mensaje mediante los rodeos que produce su circulación, y cuyos efectos padecen los distintos personajes del cuento. Esta función significante tiene como destinatario al Otro, cuya presencia establece el efecto retroactivo mediante el cual un sujeto

recibe su propio mensaje en forma invertida. En cambio, en su cara real, la función de la letra está sostenida por la letra/carta en su materialidad de objeto, independientemente del mensaje que porta, es decir como dirá Lacan ‘*sin ningún recurso a su contenido*’ (*Lituraterra*). En efecto, el cuento ilustra esta separación, puesto que el mensaje que la carta lleva, su contenido es constantemente escamoteado.

La letra implica tachadura, litura. En ese sentido la letra bordea un agujero en el saber ahí donde el sentido se detiene, y toca el sin-sentido. El borde del agujero en el saber es justamente lo que la letra delinea, aspirando a colmarlo de goce. Y es—ese goce que reclama que ese litoral advenga literal, habitando a quien habla. (*Lituraterra*). Por eso la letra como borradura de la huella produce un desplazamiento estructural, que impide fijar al sujeto a un sentido, a un origen, sin por ello dejar de producir las marcas que orientarán al sujeto en su deseo y su goce. La letra se anuda también a la función de lo escrito, como lo ejemplifica las diferencias en la ortografía, produciendo los equívocos y los deslizamientos que devienen fecundos para producir nuevas lecturas.

Goce, significante y letra se enraízan en la experiencia del análisis. La frontera se distingue del litoral ya que sus efectos en la clínica difieren. La clínica psicoanalítica pone de manifiesto que la letra no es frontera. Si la letra fuera equivalente a la frontera, sería un signo al servicio y en función de cristalizar una posición subjetiva.

El significante y su combinatoria se asientan en el trazo unario que a su vez es soporte de la identificación. Cuando el trazo unario se cristaliza en una identidad corre el riesgo de convertirse en el fundamento del racismo y la segregación.

En su conferencia “Notas sobre el padre” en el congreso de Strasbourg, el 12 de octubre de 1968, Lacan es contundente cuando señala que “*Nosotros creemos que el universalismo, la comunicación de nuestra civilización homogeniza las relaciones entre los hombres. Yo pienso que al contrario, lo que caracteriza nuestro siglo, y no podemos darnos cuenta de ello, es una segregación ramificada, reforzada, que se recorta en todos los niveles, que no hace sino multiplicar las barreras.*” La exaltación de las pequeñas diferencias nutre los procesos de identificación que intentan subrayar la otredad del otro: lo que se considera diferente, es perseguido y destruido. La segregación comanda un aparato de goce, donde el goce del otro se torna insoportable. En ciertos casos, la incidencia fantasmática y la inminencia intolerable del goce del Otro, pueden facilitar la emergencia del rechazo, *verwerfung*, de la diferencia; su efecto conduce, en ocasiones, al pasaje al acto, en el cual se niega y a la vez se mata al semejante ahora entendido como otro -- como lo demuestra la ‘solución final’.

Los campos de concentración fueron los ejemplos más radicales de esta actitud. Es absolutamente necesario distinguir los campos de concentración de otras formas de detención: la diferencia de los campos de concentración sigue siendo ineludible y fundamental, ya que el propósito principal y último de la subyugación no fue el confinamiento sino la muerte. Sin embargo, si el campo define el espacio creado cuando “*el estado de excepción deviene la regla*”

tal como lo define Agamben, los campos hoy no escasean, como los campos de refugiados y de los que buscan asilo, donde la brecha entre el lugar de nacimiento y la nación es revelada en toda su radicalidad.

La creación de los campos como estados de excepción jurídica, fuerza la creación de enclaves de segregación dentro de un estado, “fronteras internas”, que establecen toda suerte de persecuciones basadas en lo que Freud calificó como el narcisismo de las pequeñas diferencias. Una exclusión dentro de la inclusión que establece una *extimidad* estructural. El deambular de millones de personas a quienes llamamos migrantes -ni siquiera emigrantes o inmigrantes puesto que no lo son-- es mucho más que un desplazamiento en el sentido común del término. A menudo los migrantes se ven confrontados a una elección de vida o muerte. Luchan por no perder su condición de humanidad.

La indeterminación de la ley en donde los derechos del hombre se ven violentados se ha multiplicado en la vida moderna. Esta reproducción de “estados de excepción” -espacios vacíos de ley- llega a producir también en la actualidad crecientes sectores poblacionales bajo condiciones de *nuda vita*. Achille Mbembe, a través del análisis de la necro política, sitúa estas prácticas que producen la muerte por medio de la sistematización de la violencia enlazándolas al racismo. Ejemplo claro de estos dispositivos necro políticos los vemos en las implacables políticas migratorias de “cero tolerancia” en las recientes medidas inmigratorias del gobierno de Trump, que llevaron a la construcción de una frontera física entre México y Estados Unidos. Esta frontera fue acompañada por la creación de campos de detención para inmigrantes en Estados Unidos, donde los niños fueron separados de sus padres sin atribuirles ninguna señal que permitiera posteriormente identificarlos y reunirlos con su familia.

La creación de una pared como frontera, como límite que no puede ser cruzado (usada comúnmente para distinguir estados) introduce la ilusión de una separación entre dos dominios postulados como diferentes. En este sentido la institución de una frontera depende de un discurso simbólico, de pactos y de un acuerdo (por ejemplo, entre naciones); aunque como todo pacto y delimitación simbólica e imaginaria, está marcado por una inestabilidad y una fragilidad esenciales que puede fácilmente virar hacia el conflicto y la guerra por los reclamos territoriales.

Freud y Lacan nos proponen que lo extranjero, *fremde*, está instituido en la estructura, en la operación de negación instituyente que sitúa lo que del exterior pase al interior, dejando un resto inasimilable. Los goces - en especial cuando se trata de la angustia, situada en el campo del goce del Otro - aparece con su efecto real, huella de lo real en calidad de *fremde*, *Umheimlich*: lo siniestro, lo ominoso. El semejante, el familiar deviene no familiar, extraño como consecuencia del efecto de lo real en lo imaginario. Lo visible y diferente se torna siniestro. Es así como entendemos el *Ding* que es aislado en el origen del sujeto, en su experiencia del *Nebenmensch*, es de naturaleza extranjero. El otro, desde la cuerda imaginaria pasa a ser un rival al que hay que arrasar o segregar.

Ahora bien, ¿qué tienen en común la práctica del psicoanalista con la del arquitecto? Ambos trabajan, al igual que el alfarero, alrededor de un vacío. Vacío constituyente no sólo para la práctica de un oficio o profesión, sino fundamentalmente para la constitución del *parlêtre*. Ello permite encontrarnos con los neologismos que Lacan acuña: éxtimo, extimidad.

Lacan se interesó en el taoísmo. Utiliza una metáfora acerca del vacío y del ser, el ser como contrario del vacío. “*Al partir de una articulación, aprehensión significante, la significación es secundaria, eso pulula entre dos significantes el uno frente al otro, eso hace pequeñas significaciones*” (...) Son modos de mostrar el valor estructurante del vacío, agujero sin el cual no habría ninguna posibilidad de escribir, hacer letras del brillo, y la oquedad que nos habita.

En lo que concierne a la relación entre el Tao y las cosas del mundo (lo natural, la sociedad, el cuerpo humano) Laozi utiliza la metáfora: 水利万物而不争 » : « el agua ayuda a todas las cosas sin estar en competencia con ellas » El agua beneficia todas las cosas, las hace avanzar, pero no está en competencia con ellas. Ella está animada al mismo tiempo por la acción y por el vacío, lo que los taoístas llaman « 无为之为 », « el no-vacío del vacío ». La función del agua en Tao To King es la de engendrar todas las cosas, participando de su desarrollo. El agua siempre corre, no tiene bordes ni fronteras, aun cuando su volumen sea siempre limitado.

Esta representación evoca la función del litoral tal como la subraya Lacan, al situar diferentes dominios anudados topológicamente: el agua y las cosas, el saber y el goce, el lenguaje y el cuerpo. Si las huellas de lo real se enlazan y parasitan la lengua produciendo nuevos surcos, significantes y efectos de transmisión, el pasaje de la falta instituyente que habita al sujeto produce transmisión de una política, la política del síntoma y del no-todo. Puesta a prueba en la diferencia fecunda que conlleva el prójimo.

Lo femenino que da lugar a lo hétero relanza la variedad del deseo, la diferencia y el no-todo. Ese es el valor que porta el discurso del psicoanálisis.